



en Tamahú

Hoja informativa nº 120 • Mayo, 2022 De la obra solidaria que Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) realiza en Tamahú – Guatemala

Fratisa en Pansup

Antonio Salas

Cada vez me asombra más constatar que Fratisa, a pesar de las distancias, conserva íntegros sus arrostos para mantener su obra solidaria en las comunidades indígenas de la serranía tamahunera. Y me siento con ánimos para augurar que, mientras continuemos contando con el apoyo económico de los bienhechores, no va a menguar nuestro deseo de ayudar a esos colectivos humanos cuyo infortunio no cesa de ir en aumento. Así lo hemos podido comprobar una vez más durante nuestra reciente visita del pasado

marzo. El contacto directo con aquellas etnias ha estimulado nuestro afán de mantener, y si fuera posible de intensificar, los diversos programas de ayuda.



El despacho de Fratisa es también un dispensario

Nos ha complacido sobre todo ver cómo -a través de nuestro representante Raúl- se acrecienta el número de enfermos que recibe atención personalizada. De hecho, en los locales de Asumta, él ha abierto una oficina en la que Fratisa, además de repartir medicinas y alimentos, atiende a cuantos acuden en busca de ayuda. Lo que venía haciendo a cuentagotas en su modesta vivienda, puede hacerlo ahora con holgura en un despacho más que digno.

Nos resultó gratificante inaugurar de forma oficial el último proyecto (“Chiquín”) con el que diez familias disfrutarán en el futuro de una casita sólida y, en cierto modo, confortable. Admiramos una vez más el tesón y la eficacia del P. Denis (secundado por las Hermanas Misioneras de la Eucaristía) para convertir un terreno inhóspito, abrupto y boscoso en una colonia cálida y habitable. El júbilo y la gratitud de las familias agraciadas con un hogar nos ayudó a sentir que Fratisa va dejando huella entre aquellas gentes. No en vano son ya 38 las viviendas que hemos levantado. Mas, tomando por modelo a Pablo de Tarso, lejos de solazarnos con lo ya hecho, nos agujonea lo que resta aún por hacer.

Sin que pudiéramos explicárnoslo, tanto Fátima



Muy arriba (en los picos de la V) se construirán las viviendas

como yo sentimos que Dios nos invitaba a que Fratisa impulsase un nuevo proyecto. Y a Dios, ¿acaso se le puede defraudar? Fue en esa tesitura que, al cambiar impresiones con Raúl, nos brotó la idea de encaminar nuestros próximos pasos hacia el caserío de Pansup. Así fue cómo, sin alharacas ni estridencias, se gestó el proyecto sobre el que escribiré a continuación.

Pansup: otro reto para Fratisa

Entre las más de veinte aldeas diseminadas por la sierra de Tamahú, Pansup es una de las más pobres y desprotegidas. No solo a causa de su lejanía (tres horas largas de camino) sino también por sus condiciones climáticas y orográficas. Las sesenta familias que conforman su comunidad viven de la agricultura, reducida casi por entero al cultivo del maíz y del frijol, sus dos alimentos básicos. Ciertamente que en estos últimos años se está prodigando también la explotación del brócoli, pero con un éxito muy relativo, dado que -al no disponer de caminos vehiculares- resulta bastante difícil rentabilizar su venta. Y lo mismo ocurre con las chilacayotas (calabazas), cuyo peso hace sumamente dificultoso su traslado hasta el mercadillo de algún centro urbano donde venderlas.

Lo que sí les deja exiguas ganancias es el cultivo del frijol grande (piloy) que a veces logran vender a un precio razonable, sin que tampoco falten épocas en las que casi no se paga nada por él. Otro medio de subsistencia se lo proporciona el negocio de la cal viva. Compran los pedruscos en la comunidad vecina de Sesarb, los trasladan en sacos hasta su aldea y allí, con mucha paciencia y bastante esfuerzo, acaban convirtiéndolos en polvo. Tras empaquetarlo en pequeñas bolsas de plástico, lo venden en el mercado de Tactic, por más que la ganancia sea casi simbólica. Otra fuente de ingresos son las flores naturales de clima frío. Sin embargo, su clientela va a la mengua, ya que la mayoría las prefiere de invernadero. Y así es cómo pugnan por seguir subsistiendo. No en vano llevan siglos pactando con la pobreza.

Sus habitantes, de la etnia maya quekchí, armonizan muy bien la timidez con la afabilidad. Tienen un carácter muy parecido a los pancojenses. Y si bien a veces surgen entre ellos ciertas desavenencias internas, acostumbran a resolverlas por la vía pacífica. La mayoría profesa la religión católica. Su ermita les ha quedado pequeña, motivo por el que se está levantando otra bastante más amplia. A su vez, la minoría evangélica celebra su culto en el templo del Nazareno. No nos consta que surjan conflictos interreligiosos. Y ello es digno de elogio, ya que por desgracia no siempre ocurre igual.

Pansup, situado a 2.350 metros de altitud, hace gala de unas temperaturas casi extremas. En la época seca (invierno), el frío se erige en protagonista. Y en la húmeda (verano), las lluvias casi torrenciales, además de adentrarse en las viviendas, generan una bruma casi continua. Aunque se nos invitó a visitar el caserío, declinamos la oferta. Sobre todo, al decirnos que un tramo considerable del recorrido había que hacerlo forzosamente a pie. La vejez impone, al respecto, unas normas bastante claras que la cordura invita a cumplir. Se nos



Un grupo bajó de Pansup para darnos la bienvenida



Así viven y así vivirán nuestros beneficiarios

hizo saber que, si bien toda la comunidad vive en estado de pobreza, hay en ella unas diez familias cuyos hogares se encuentran en una situación deplorable. Sus chabolas son de hojalata herrumbrosa y corroída, que ellos ensamblan con algunas tablas para lograr un mínimo de consistencia. Pero, en realidad, viven casi a la intemperie.

Un nuevo proyecto en marcha

Al inspirarnos Dios que Fratisa no debía bajar la guardia, nos aprestamos a recabar información. Tras obtenerla, encomendamos a Raúl que hiciera las diligencias pertinentes para construir diez viviendas, destinadas a las familias más menesterosas. Ignorábamos en aquel momento cómo afrontar tal reto, pues Fratisa está bastante escasa de fondos. No obstante, teníamos claro que Dios no iba a desatendernos. Y sin más, nos pusimos en marcha.



Planificando cómo construir las viviendas



Yo quiero mi casita.... ¡ya!

No resultó difícil confeccionar el listado de los futuros beneficiarios. El problema estribaba en transportar hasta la aldea los materiales de construcción. Se procedió a una reunión comunitaria, donde todos se comprometieron a aportar sus esfuerzos, no sin antes asumir la inviabilidad de edificar su nuevo hogar con ladrillos (block). Y es que los todoterrenos solo pueden acceder hasta cierto enclave. A partir de ahí, todo ha de ser acarreado con pura tracción humana. Puesto que Pansup está casi en la cima del monte, subir tanta carga resulta extenuante. La sensatez exigía, por tanto, pensar en otro tipo de construcción. Y así se hizo.

Todos se inclinaron por las viviendas de calicanto. Y eso, ¿qué es? Un recurso bastante manido en aquellos lares, por ser la única forma de construir con solidez. Se trata de una argamasa hecha con piedras, cal, cemento y varillas de hierro. Por fortuna allí el terreno es bastante pedregoso, por lo que no resulta difícil aglutinar tales materiales. Claro que no todo maestro de obras está capacitado para levantar casas así. Tras deliberarlo, se decidió contactar con el que se supone más familiarizado con el calicanto. Su nombre: Luis Cho. Él aceptó gustoso el encargo, si bien tuvimos que retrasar el inicio de la obra, por estar ya involucrado en la construcción de una vivienda. Se aprovechó ese compás de espera para ir subiendo los materiales. Hoy día ya casi todo se encuentra en el caserío, salvo el

cemento, pues corre el riesgo de mojarse con los aguaceros que ya empiezan a caer. Por lo que sabemos, desde el 26 de abril, nuestro proyecto está en marcha.

¡Dios ayuda!

Por si alguien dudara de que Dios está de nuestra parte, quiero consignar una anécdota tan reciente como evocadora. Ya antes de regresar a Madrid, tenía pensado acudir a algunas personas de confianza con la esperanza de completar así el monto total de lo presupuestado. Y la primera persona con la que compartí tal inquietud fue mi buena amiga Victoria Romero, que ya en varias ocasiones nos había brindado apoyos fuera de lo común. Cuál no sería mi sorpresa al escucharle -hablábamos por teléfono- que ella se comprometía a costear todo el proyecto. Según



¡Qué bien saborean los niños su almuerzo parroquial!

me confidenció, en estas últimas fechas había visto muy de cerca la muerte. Y fue tal su impacto que decidió dedicar parte de su patrimonio a aliviar las penurias de nuestros indígenas. ¿Osará alguien cuestionar que Dios vela por nosotros?

El P. Denis no se cruza de brazos

Durante nuestra reciente estancia en Tamahú, se estrecharon aún más los vínculos con su párroco, P. Denis López. Desde un primer momento ya nos había impresionado su sensibilidad social y humanitaria. De hecho, tras tomar posesión de la parroquia, gestionó con el municipio la posibilidad de financiar un comedor para niños y otro para ancianos. Al contar con el apoyo de la alcaldesa, hizo las reformas necesarias para echarlos a andar. Pero con tan mala estrella que, estando aún en rodaje, explotó la pandemia y obligó a su cierre inmediato. Han permanecido en dique seco durante dos largos años. Pues bien, el pasado marzo tuvimos la dicha de constatar cómo ambos comedores están de nuevo en activo. Son 75 niños y 25 ancianos quienes reciben en ellos alimentación diaria. Celebramos la iniciativa como digna del mayor encomio. Y es que los beneficiarios, además de recibir alimentos balanceados, avivan así su espíritu de convivencia.



Ana Lidia: desnutrición muy severa

Menos grata fue la noticia que -hace un par de semanas- nos compartió el P. Denis. Un día fue llamado con urgencia desde el Centro de Salud local, donde solicitaban su apoyo en favor de Ana Lidia Xol Botzoc, una señora de 37 años, residente en el caserío de Panteón. Sufría una desnutrición tan severa que la mantenía a las puertas de la muerte. Para colmo, era diabética. Y lo más triste era que en el Centro de Salud tenían registrados casi una cincuentena de casos similares. Ciertamente que a todas esas personas se les brinda atención médica. Mas el Centro, por carecer de recursos, no les puede ofrecer la alimentación adecuada. Así se lo transmitimos a nuestro representante, Raúl. Y nos consta que tomó de inmediato cartas en el asunto, ofreciendo a la enferma dosis suficientes de incaparina para que cuanto antes se pudiera reponer. Incluso la visitó en su casa, hallándola postrada en una humilde cama de madera.



A punto de iniciar la procesión de Ramos

Al indagar algo más sobre su vida, se supo que arrastraba un susto (*chillil*) de indiscutible sesgo sexual. Era madre soltera con dos niños y una niña, cada uno de un padre distinto. Resultaba casi dantesco verla tan abatida. Con la anuencia del enfermero, se le compraron los medicamentos adecuados. Y, aunque su estado siga siendo lastimoso, con la ayuda de Dios Ana Lidia se repondrá.

Cabe asimismo consignar que la parroquia de Tamahú, tras dos años de restricciones y confinamientos, ha podido celebrar por fin su Semana Santa con el lustre que amerita el evento. Fue sobre todo solemne la procesión del Domingo de Ramos, donde la feligresía se lanzó a la calle para dar comienzo a esa semana mágica que, hace ya dos milenios, cambiara el sino de la humanidad. En Tamahú sigue muy viva la praxis religiosa. Nada sorprende, pues, que la comunidad católica, al alimón con su párroco y su consejo de ancianos, pulsara a fondo el acervo de sus creencias y, arropándose en ellas, evocase compungida el drama de la pasión. Asimismo, el domingo de pascua, mientras tañían las campanas de su iglesia, homenajearon con sumo gozo al Cristo resucitado, implorándole un hálito de esa vida nueva que él, al triunfar sobre la muerte, se ha dignado entronizar.

Ayuda humanitaria – abril, 2022

Raúl Leal

De ordinario, al consignar la ayuda humanitaria que ofrezco a diversas comunidades en nombre de Fratisa, me centro de forma casi exclusiva en el reparto de alimentos. No cuestiono que sea este un tema primordial. Pero no es el único. De hecho, hoy quisiera realzar los cambios experimentados en la comunidad pancojense desde que Fratisa la está apadrinando. La construcción (año 2.019) de sus nuevas viviendas, dotándolas de agua y de luz, así como las atenciones en lo concerniente a los víveres y medicamentos, me atrevería a afirmar que hasta les han cambiado el carácter. No creo que sea pura aprehensión por mi parte. Antes los niños, al toparse con extraños, bajaban sin más sus cabezas, mientras los adultos esquivaban las miradas. Ahora en cambio observo con fruición que los chiquillos, ríen, corretean, hacen chanzas y se acercan en busca de mimos y caricias. Por su parte, las personas mayores parecen siempre ansiosas de una oportunidad para sonreír. Quien conoce de cerca el mundo indígena sabe que cambios así solo se explican desde el cariño.



Jorgito, el de Pancoj, ya ha aprendido a sonreír

Algo muy parecido me ocurrió, durante la Semana Santa, en el caserío de Yuxilhá. Había observado de antemano que en él varias familias viven en una absoluta precariedad. Pues bien, quise darles una alegría. Cargué sobre mis hombros una cantidad

considerable de ropita nueva que la misionera Fátima había traído de México. Mi deseo era complacer a los niños. Mas -¡cosa extraña!- al llegar me recibió el silencio. Quedé estupefacto, pues siempre suelo escuchar algunas voces o incluso alboroto. En esta ocasión fueron ellos quienes quisieron sorprenderme. De repente, salió la chiquillada oculta entre los maizales y me rodeó juguetona, a la espera de un posible regalo. Cuál no sería su sorpresa al verme desempacar bolsas de ropa, que ellos admiraban boquiabiertos. Disfrutaron a tope probándose las prendas, pues creo que en su vida jamás les había ocurrido algo así.



Raúl, impartiendo una charla educativa



Los chiquillos de Yuxilhá, ya vestidos de limpio

En un santiamén todos los críos quedaron vestidos de limpio. Los papás me miraban alborozados, preguntándome con la mirada cómo podrían pagarme tanta generosidad. Los tranquilicé diciéndoles que todo era obsequio de Fratisa. No se lo podían creer. El caserío quedó convertido de repente en un recinto de feria. Los niños saltaban y gritaban, mientras los adultos no conseguían disimular su frenesí. No es necesario operar prodigios para contentar a esas gentes tan pobres y olvidadas. Pasé un rato muy feliz en Yuxilhá. Y, al bajar, entregándome a mis soliloquios, me preguntaba si no era esta una forma eficaz de ofrecer ayuda humanitaria. Aunque ya lo sabía, mis reflexiones me ayudaron a afianzar mi convicción.

Nadie fuera a pensar que, a causa de lo recién expuesto, deje de valorar el reparto de despensas. Todo lo contrario. Más bien sufro al ver cómo -debido a las restricciones impuestas por la escasez de fondos- nos hemos visto obligados a recortar estas ayudas. Del centenar de bolsas ofrecidas cada mes durante el pasado año, ahora solo podemos repartir una cincuentena. Los indígenas -a su manera- creo que lo han comprendido, aunque les cueste asumirlo. De todos modos, cada mes acuden con diligencia todas las familias de los caseríos convocados. En abril fueron agradecidos los siguientes: Pancoj, Naxombal, Panhorná y San Francisco. Como siempre suele ocurrir, todos ellos estaban ya presentes una hora antes de que comenzara el reparto.



Ana María, fungiendo de secretaria

Cada vez voy tomando conciencia más clara que tan importante como alimentar es educar. Pero eso, dedico una parte de la convivencia a ofrecerles una charla educativa. En ella intento que prodiguen la limpieza, eviten los conflictos y reyertas, generen en su aldea un clima comunitario. Me escuchan con suma atención. Y más aún porque estoy en condiciones de hablarles en su idioma. Desde siempre he sabido que el indígena casi nunca se harta de escuchar. También les recalqué una vez más que, si bien soy yo quien les distribuye los alimentos, es Fratisa quien los financia. Noto que, con tiempo y paciencia, se van familiarizando con nuestros bienhechores de España, asumiendo asimismo que Fratisa es bastante más que un simple nombre.

A la hora de hacer el reparto, tuve que delegar casi toda la gestión en mis colaboradores Giovani y Ana María, pues me surgió un imprevisto. Al finalizar mi alocución, se me acercó una abuelita para decirme que se encontraba muy mal. Tuve que acompañarla hasta la farmacia, comprarle los medicamentos que nos recetaron y ofrecerle unas palabras de consuelo. La ancianita quedó feliz. Y yo, al regresar, vi con alegría que ya casi todas las familias habían recibido sus despensas. Reinaba entre ellas un ambiente festivo, mientras se gastaban alguna broma, en tanto se preparaban para emprender el regreso. Y es que vienen desde muy lejos. Son varias horas de camino. Pero para ellos eso tiene poca importancia. Lo que sí les interesa es que nosotros no los abandonemos. Mientras sigamos contando con apoyos, no lo haremos. ¡Fratisa tiene palabra!



Leonardo, agradeciendo los víveres recibidos

Además de esos repartos ya institucionalizados, trato también de ofrecer ayuda a personas que de repente sienten del todo necesitadas. Así ocurre, por ejemplo, cuando acompaño a algunos pacientes y a la hora de regresar se ven obligados a hacerlo por su cuenta. Si veo que sus bolsillos están vacíos, le doy dinero para que se paguen el transporte. Si algún enfermo ha de quedarse de forma inesperada en un hospital y sé que carece de recursos, le doy un viático para que pueda comer. Casi de continuo me encuentro con situaciones que recaban ayuda inmediata. Nadie suele quedarse sin ella. Y más aún si se trata de alimentos. Viene ahora a mi memoria el caso reciente de Leonardo, a quien la misionera Fátima y al P. Antonio agradecieron con una visita domiciliaria. Este señor vive en tal estado de pobreza que a veces se pasa días sin probar bocado. Su enfermedad le impide realizar trabajo alguno. Jamás le abandono. Hace apenas unos días, sabedor de su indigencia, le dejé en su chabola un quintal de maíz. Con él puede alimentarse durante varias semanas.

¡Ayudar siempre gratifica!

Pastoral de enfermos – abril, 2022

Raúl Leal

Por fortuna puedo garantizar que nuestras actividades con los enfermos y discapacitados siguen su curso normal. Aun cuando algún bloqueo de carretera nos impidiera a veces asistir a las terapias de Fundabiem, en general se ha podido mantener el ritmo. Ocurrió, sin embargo, durante el mes de abril, un evento que me parece de notorio interés. Se trata del famoso “Teletón”, una actividad televisiva muy frecuente en los países latinoamericanos.

Se trata un espectáculo benéfico casi maratoniano en el que se intercalan representaciones artísticas y de entretenimiento, cifradas en motivar a los espectadores para que cooperen ayudando a los enfermos. Hace, por tanto, gala de unos objetivos altruistas y solidarios. Toda la recaudación ha de destinarse a paliar enfermedades, ocupando un lugar preferencial el cáncer y la discapacidad. Consta, de hecho, que en México se han construido ya varios hospitales con tales fondos. Sin embargo, nuestros pacientes rehusaron involucrarse en el proyecto, ya que las redes sociales habían puesto en alerta a la población sobre la presunta corrupción de sus dirigentes. Dado que en nuestro país todos entienden muy bien el lenguaje de la corruptela, entre nosotros el “Teletón” lo único que cosechó fue un rotundo fracaso.



César Amílcar, saliendo ya del hospital

Personalmente, aunque me siento aún con bastantes fuerzas, he de confesar que la Semana Santa me resultó agotadora. Al margen de los oficios divinos, que siempre infunden solaz al alma, dediqué casi todo mi tiempo a la visita de enfermos en distintas aldeas serranas. Y en ellas me encontré con cuadros bastante tristes. A veces, incluso dramáticos.

Fue ya en el domingo de Ramos cuando dio comienzo mi desazón. Estaba yo en mi oficina para guarecerme de una lluvia casi tempestuosa, cuando se presentó mi colaborador César Amílcar Quej, que sufre parálisis debido una balacera de la que fue víctima accidental. El pobre muchacho estaba muy preocupado porque se le había infectado su úlcera. Me pidió, como favor especial, que lo llevara de urgencia al hospital de Cobán. Obviamente, no podía defraudarlo. Pasé casi toda la jornada con él, teniendo el gozo de saber que su problema quedó resuelto. Pero el caso de César solo fue el detonante de una serie de situaciones imprevistas que sería muy prolijo enumerar. Por eso, ateniéndome a lo que vengo haciendo, me centraré en algunos episodios que, a mi entender, se salen de lo normal.



María Elena, acunando a su pequeño Humberto

De nuevo, María Elena: lloviendo sobre mojado

Ya en su momento comenté su desgracia. Fue atropellada por una moto al cruzar la calle, fracturándose el pubis con el golpe. Tras ser internada en un hospital, se consiguió mitigar su shock traumático, pero no restablecerla por entero. El médico le ordenó reposo absoluto hasta que su organismo se recompusiera del todo. Mal pudo contar con el apoyo de su esposo ya que este -sin haberse aún repuesto de su pierna quebrada-, aunque algo rencoso, estaba laborando

en Honduras para ganarse algunos quetzalitos. Así pues, tras su accidente, María Elena se quedó sola con sus ocho hijitos. Huelga decir que Fratisa en ningún momento la abandonó. La fue ayudando no solo con alimentos, sino también con la construcción de una nueva casita, ya que su familia estaba viviendo en un cuchitril.



Con otra de sus hijitas ya algo más crecida

Resultó asimismo admirable comprobar que varias señoras de una asociación católica se comprometieron a lavar -tres veces por semana- la ropa de toda la familia. Y, para que ahuyentara el frío y la humedad, nunca le faltaron almas piadosas que la obsequiaban con un hatillo leña. Y así María Elena se fue recuperando. Yo la creía feliz, pero me equivocaba. De hecho, un día me llamó muy alarmada para comentarme que su hijo más pequeño (Humberto) había enfermado de gravedad. Y así era, en efecto. Me personé de inmediato en su aldea y me encontré con su bebé casi moribundo. Vía telefónica consulté con el doctor, el cual recetó unas medicinas que pude conseguir en una farmacia no muy lejana. Bajo ningún pretexto podía consentir que la mamá se desplazase, pues aún guardaba reposo. Tras varias diligencias, al fin pude respirar tranquilo: ¡Humberto estaba a salvo! Aunque lo creí todo resuelto, tardé poco en percatarme que a la buena señora se le había abierto un nuevo frente cuajado de problemas. Me explico.

Al pertenecer su familia a una confesión (secta) protestante, se topó con un inesperado agobio. Se trataba de lo siguiente. El templo de su comunidad, que era de madera, se había deteriorado, por lo que el consejo pastoral decidió construir uno nuevo. Y, además, de ladrillo. Esto exigía una sustanciosa derrama económica por parte de toda la feligresía. Entre ella, María Elena. Se presentaron en su casa los portavoces, exigiéndole una aportación cercana a los 250 €. ¡Y ella estaba sin blanca! Lejos de conmovirse ante su tragedia, la increparon con dureza por haber permitido que colectivos católicos (sobre todo Fratisa) no solo la ayudaran sino que incluso le construyeran una vivienda.

Ante su insolvencia, como correctivo eficaz, tuvieron la genial idea de cortarles el cableado por el que recibía la luz eléctrica. Es sabido que en aquella aldea todos hurtan la luz a la compañía eléctrica guatemalteca, cuyo tendido pasa muy cerca. Es, por así decirlo, un robo institucionalizado. Pues bien, la pobre familia se quedó de repente sin luz. Y no resultaba fácil restablecer la conexión. Tras mucho indagar, se supo que la reparación del desperfecto tendría un costo de unos 130 €. Con lágrimas en los ojos me pedía ayuda María Elena. Pero, aunque se me rompía el alma, se la tuve que negar. Y es que Fratisa no puede involucrarse en resolver un problema cuyas raíces son secuela de un hurto. Aun así, seguiremos cuidando de ella.

Un Jueves Santo teñido de luto

Es el triste caso de María Yaxcal (53 años), vecina de la aldea de Onquilhá. Se trata de una persona a la que Fratisa ayudaba desde hacía tiempo. Durante meses sufrió serios quebrantos de salud. Cuando yo visitaba su aldea, nunca dejaba de interesarme por ella. Y, al verla tan postrada y desvalida, le aconsejaba que consultase a uno de los doctores en el Centro de Salud local. Aunque siempre me decía que iba a hacerlo, todo se quedaba en puras palabras. En cierto modo lo entiendo, pues casi todos nuestros aldeanos son reacios a dejarse examinar por un médico. Sus prejuicios asocian al doctor con el hospital y a este con el cementerio. No es fácil extirparlos. Con frecuencia, solo se deciden cuando ya es demasiado tarde. Al menos tal fue lo que ocurrió con la finada.



María Yaxcal, encaminándose al hospital

Me llamaron con apremio en la madrugada del Miércoles Santo. Al llegar a la aldea, la transporté a Tamahú. Y

una vez allí, tras recabar la autorización del médico, la llevé con suma urgencia al hospital de Cobán para que se le hiciera un ultrasonido. Después de esperar durante un par de horas, la radióloga me dijo que, para detectar la auténtica causa de su dolencia, era necesario someterla a un análisis de rayos X. Lo autoricé sin dudar. Y, al fin, conseguí el diagnóstico.

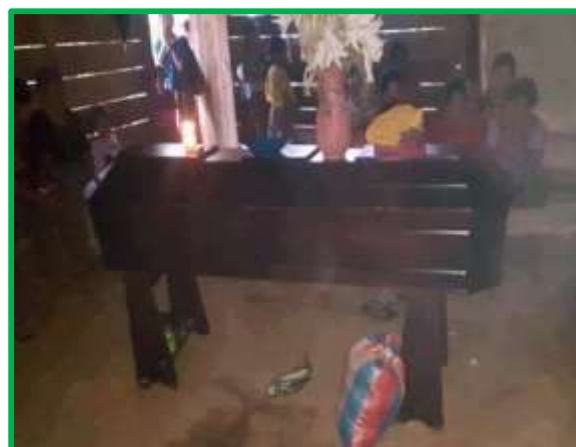


María Yaxcal, saliendo del hospital de Cobán

Regresamos ambos a Tamahú y entregué en sobre cerrado los resultados a sus familiares, instándoles a que, sin pérdida de tiempo, la llevaran al Centro de Salud para que fuera revisada por el mismo doctor que antes la había atendido. Pero, siendo víspera del triduo santo, los médicos ya habían iniciado sus vacaciones y la pobre señora se quedó desatendida. A la espera de conectar con algún galeno de planta, María pernoctó en casa de su yerno. Pero su situación no cesaba de empeorar. Tanto que, al día siguiente (Jueves Santo), la desventurada enferma, no sin dolores y sofocos, entregó su alma al creador. Fue un momento trágico, pues nadie se esperaba un desenlace tan rápido. Cuando, horas después, fue por fin examinada, se diagnosticó que había fallecido a causa de un ileo

nasogástrico, una obstrucción intestinal y una masa hepática, grado 2-3. Lo cierto es que María se nos fue, pudiéndose haber quedado. Gajes de una cultura salpicada de prejuicios.

Por estar muy ocupado, no pude seguir de cerca el proceso. Sin embargo, una vez comprado el ataúd, se procedió al velorio, con una notoria afluencia de amigos y familiares. Dado que en casos así es costumbre agasajar a los asistentes con algunos alimentos, envié de inmediato maíz, frijoles y arroz para que hicieran algún guiso. Tampoco me olvidé de hacerles llegar un gran cajón de panes que para ellos son bocados exquisitos. Cuando pude al fin llegar al velorio, fui recibido con claras muestras de gratitud y cariño, pues todos sabían los esfuerzos hechos para salvarle la vida.



El velorio de María Yaxcal



Zulmy, con su madre, regresando a casa

La desgracia de la pequeña Zulmy

Estaba siendo para mí un día bastante ajetreado en el que había trasladado al niño Cristian Juc Cha para que fuera evaluado en el hospital de Cobán. Su alarmante bulto en el abdomen no se antojaba buen presagio. De hecho, el doctor aconsejó llevarlo cuanto antes al hospital San Juan de Dios (capital) para que se le hicieran los análisis pertinentes. Tras dejarlo todo arreglado, regresé a Tamahú. Y durante mi retorno recibí una llamada telefónica de Ventura Xol Tipol en la que me refería cómo su esposa Romelia había ido a vender cal en el mercado de Tactic. La acompañaba su hijita Zulmy (10 años), la cual había sido ultrajada.

No precisé más información para determinar que se trataba de una deleznable violación. Y así era. De hecho, madre e hija se habían instalado en el mercado con ánimo de vender sus bolsitas de cal. Para agilizar la venta, la pequeña Zulmy -tal como acostumbraba a hacer- fue a ofrecer su mercancía a varias casas particulares. Y en una de ellas se topó con la desgracia.

Sin pérdida de tiempo, me trasladé a Tactic, recogí a la pequeña y me la llevé al hospital de Cobán para que fuera examinada por la doctora de turno. Esta dictaminó que, dadas las circunstancias, todo quedaba dentro de lo normal. Sin embargo, no podía darla de alta antes que la policía y la procuraduría general tomaran cartas en el asunto. Tal fue el motivo por el que madre e hija se vieron obligadas a permanecer varios días hospitalizadas. Solo ultimados los trámites, pudieron regresar a su hogar.

Quiero añadir que me enojó sobremanera tan descarado ultraje. Robar así la inocencia de una criatura clama a gritos por un drástico correctivo al desalmado. Espero que así lo haga la justicia de los hombres. Y si no fuera tal, apelo a la justicia de Dios. Esta nunca falla.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – ABRIL, 2022

DESCRIPCION	CANTIDAD
Medicina entregada a pacientes de neurología	16
Medicina entregada a pacientes diabéticos	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	10
Asistencias durante el mes en Fundabiem	14
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	14
Otros traslados (clínica privada)	03
Leche pediátrica entregada (botes)	16
Pacientes que recibieron medicina con receta	18
Extracción de piezas dentales	08
Medicina entregada por extracción de piezas dentales	06
Pacientes a quienes se realizó examen de laboratorio	01
Pacientes a quienes se realizó examen de rayos X	01
Pacientes a quienes se realizó ultrasonido	02
Visitas a familias y enfermos	21
Entrega de granos básicos y otros	01
Ayuda en velorios (panes y otros)	03

Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

Hace muchos años tuve la suerte de asistir, en diferentes ocasiones, a un campamento situado en Riaño, localidad sita en la Cordillera Cantábrica, en lo que se conoce como montaña Oriental Leonesa, que comprende el Parque Regional Montaña de Riaño y Mampodres, lugar vecino de los Picos de Europa y la montaña palentina. Durante uno de esos campamentos, con un par de amigos y el sacerdote del campamento, subí a celebrar la primera misa que ha tenido lugar en el Pico Yordas. No sé si se habrá celebrado alguna otra después de aquella.



Riaño era un pueblo puro de montaña dedicado fundamentalmente a la ganadería. Al construir el pantano que lleva su nombre, fue anegado, no sin antes levantar un nuevo Riaño en las proximidades, más moderno y habitable. Hubo para ello que trasladar, piedra a piedra, la ermita de Nuestra Señora del Rosario que se encontraba en la próxima localidad de La Puebla, del mismo valle, iglesia románica del siglo XIII, con

interesantes pinturas medievales en sus bóvedas.

En esta ocasión nuestra marcha ha coincidido con la visita del P. Salas y Fátima a la «misión» de Fratisa en Tamahú donde, como comenta en su informe, tuvo la oportunidad de poner en marcha el nuevo proyecto habitacional de Pansup, a la vez que comprobar el deplorable estado en el que viven no pocos de nuestros hermanos en aquellas montañas que, desde aquí, ni podemos imaginarnos. Por lo que no tenemos más remedio que intimidarnos al leer que muchas personas viven en tan precarias condiciones en alturas de 2.350 metros, fiando, suponemos, en la misericordia divina toda su existencia

Por ello, durante nuestra andanza por la zona montañosa de la Cordillera Cantábrica, al tiempo que disfrutamos enormemente contemplando las vistas del pantano desde lo que se ha denominado «el banco más bonito de León» que ofrece la posibilidad de deleitar el espíritu al admirar las montañas que rodean el espacio, entre ellas los picos de Gilbo y Yordas, y gozábamos viendo el románico de la ermita de Nuestra Señora del Rosario, tuvimos un profundo recuerdo de los hermanos que conviven casi a la intemperie en las montañas guatemaltecas, con una mísera alimentación de maíz y frijoles, intentando arrancar a la tierra con alguna primitiva labranza algo que vender para cubrir sus necesidades.

Como es lógico, mientras elevábamos a Dios nuestro acostumbrado rezo junto a la ermita de la Virgen de la Quintanilla, en la soledad de la pradera alfombrada de hierba y flores, y tañíamos la modesta campanilla de la ermita, no es de extrañar el profundo sentimiento que se había adueñado de nuestros corazones y de nuestras palabras. Más aún, al recordar a cuantos afines en la hermandad hacen posible que se puedan construir esas viviendas, cuidar relativamente de esos cuerpos, y facilitarles una existencia mejor de la que vienen teniendo, con la esperanza de que el Dios en el que confesamos unos y otros pueda, en algún momento, mejorarles sus condiciones de vida.

**Si desea leer otras Hojas Informativas de Fratisa, puede consultar nuestra web:
www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones**



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú la obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró todo su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo y, si fuera posible, potenciarlo.

Toda ayuda es muy de agradecer.

¡Muchos pocos hacen un mucho!

FRATISA

Si quieres hacer un donativo periódico, te sugerimos nos mandes el boletín adjunto, una vez relleno con tus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra tu cuenta corriente con la periodicidad e importe que tú nos indiques.

Nombre _____ Teléfono fijo _____

Móvil _____ Correo-e _____

Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____

Cuota: Mensual - Trimestral - Semestral - Anual.

Titular de la cuenta _____

También puedes hacer tu donación ingresándola en la cuenta abierta a nombre de "Fundación Pattsos – Fratisa", en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538